

## Médicos en formación, vidas en riesgo



Mariapaula López Elenes  
AEMUAS

[mapaulalopezelenes@gmail.com](mailto:mapaulalopezelenes@gmail.com)

Recuerdo un día en particular: después de meses de clases en línea, regresábamos poco a poco a las aulas. De repente, nos sacaron de la universidad porque había una matanza a media cuadra. Salí corriendo prácticamente. Las calles se llenaron de carros, todos intentando huir al mismo tiempo, un caos. Y yo pensaba: ¿cómo se supone que puedo seguir estudiando medicina, carrera hecha para cuidar la vida, cuando la mía está en riesgo constante?

Ese fue solo uno de muchos episodios. No es una anécdota aislada, es mi cotidianidad. Es lo que implica estudiar medicina en Culiacán: vivir y aprender en medio de una guerra.

El 17 de octubre de 2019 ocurrió el primer Culiacanazo: fuerzas federales intentaron detener a Ovidio Guzmán y la ciudad fue sitiada por el Cártel de Sinaloa. Aquella jornada marcó un antes y un después: dejó al descubierto el poder del narcotráfico sobre el Estado y sembró en la memoria colectiva la imagen de una ciudad secuestrada por la violencia (1).

Hoy, sin embargo, no hablamos de un episodio aislado. Desde septiembre de 2024, Culiacán vive una guerra interna permanente entre facciones del propio Cártel de Sinaloa. Inicialmente bautizado como el Culiacanazo 3.0, esta es una violencia sostenida que se manifiesta todos los días: más de 1,700 asesinatos y cerca de 2,000 desapariciones en un solo año (1,2).

No son brotes esporádicos; es un estado de guerra cotidiana que atraviesa nuestras calles, hospitales y universidades.

Durante el culiacanazo 3.0, las clases presenciales se suspendieron por meses. Tuvimos que conformarnos con la virtualidad, y los hospitales quedaron fuera de alcance. Incluso los propios doctores nos decían: “mejor no vengán, no vale la pena el riesgo”. Y tenían razón. La semana pasada hubo ataques en tres hospitales de Culiacán, con al menos cinco muertos y tres heridos (3). Como respuesta, el gobierno implementó una medida cuestionable: limitar el acceso a hospitales después de las 7 p.m., con vigilancia reforzada y control estricto de entradas y salidas (4). ¿Realmente esto soluciona algo?

El 30 de mayo de 2025, un estudiante de Medicina de la UAS fue asesinado mientras cenaba (5). El 24 de octubre de 2024, dos estudiantes universitarios (uno de Medicina y otra de Arquitectura) fueron ejecutados tras una persecución con sicarios que intentaron robarles el coche (6).

Mientras tanto, desde el gobierno estatal y nacional se insiste en que no pasa nada. El propio gobernador Rubén Rocha Moya declaró que “está tranquilo Sinaloa” y que los hechos “no representan una ola de violencia” (7). Esta negación oficial contrasta con aulas vacías, hospitales atacados y el terror con el que amanecemos cada día.

La guerra nos roba muchas cosas, pero la más peligrosa es la empatía. Al principio, el miedo me dominaba: ansiedad, insomnio, estrés como nunca en mi vida. Ahora, la costumbre me ha vuelto indiferente. Cuando escucho que hay un bloqueo, pienso: “entonces tomo otra ruta”. Cuando alguien comenta sobre disparos, respondo: “¿otra vez?”.

A menudo, cuando intento estudiar de madrugada, lo que escucho no son los latidos de un corazón en un fonendoscopio, sino ráfagas de balazos y helicópteros sobrevolando. Al inicio me paralizaba, no podía dormir, la ansiedad se apoderaba de mí. Hoy, me doy cuenta con tristeza y vergüenza de que me acostumbré. Ya incluso puedo conciliar el sueño, pero esa “adaptación” no es algo positivo: es la normalización de la violencia, es aceptar la guerra como fondo sonoro de mi carrera.

Soy foránea y cada semana que busco regresar a mi ciudad natal enfrento un miedo profundo. La carretera, que debería ser un puente para volver a casa, se ha convertido en una amenaza. Los bloqueos, las balaceras, las historias de personas que no llegan, son parte de ese trayecto. Subirse a un autobús o manejar no debería sentirse como jugarse la vida, pero en Sinaloa, así es.

En medicina se nos habla mucho de resiliencia: de la capacidad de adaptarnos y salir fortalecidos de la adversidad, pero yo no quiero llamar resiliencia a lo que vivimos. Porque no hay aprendizaje en acostumbrarse a escuchar disparos; no hay fortaleza en correr de la universidad para salvar tu vida. Esto no es resiliencia: es sobrevivencia.

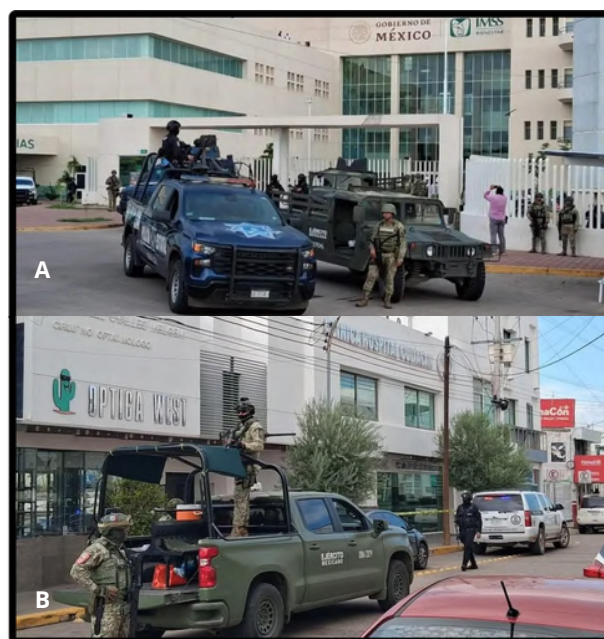
Este testimonio no busca inspirar: busca incomodar. No quiero ofrecer un mensaje de esperanza, porque hoy no la siento. Lo que sí quiero es dejar claro que aquí hay una guerra. Una guerra que se vive en las calles, en las aulas, en los hospitales y en las mentes de los estudiantes. Una guerra que nos roba la salud mental, la motivación y, a veces, la vida misma (5,6).

Lector, no me creas a mí. Abre tu buscador de confianza, escribe la palabra “Culiacán”, entra a la sección de noticias y sorpréndete.

México no protege ni a quienes algún día tendrán que salvarlo.



C56.1. “Despedida de Jason Zavala, estudiante de Medicina de la UAS, Culiacán, octubre 2024.”



C56.2. A. “Hospital General de Culiacán, uno de los tres hospitales atacados en agosto de 2025 (SinaloaHOY).” | B. “Clínica Hospital Culiacán, uno de los tres hospitales atacados en agosto de 2025 (Infobae).”